



Buenas noches, dulces sueños



JIŘÍ KRATOCHVIL

*Traducción del checo a cargo de
Elena Buixaderas*



IMPEDIMENTA



Título original: *Dobrou noc, sladké sny*

Primera edición en Impedimenta: mayo de 2017

© Jiří Kratochvíl, 2012

© Druhé měs - Martin Reiner, 2012

Copyright de la traducción © Elena Buixaderas López, 2017

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.



MINISTERSTVO
KULTURY



CENTRO CHECO

ČESKÉ CENTRUM

Este libro ha contado con una ayuda a la traducción del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Corrección: Susana Rodríguez

Maquetación: Nerea Aguilera

Los editores quieren expresar su agradecimiento a Patricia Gonzalo de Jesús por la ayuda recibida en la edición de este libro.

ISBN: 978-84-16542-86-4

Depósito Legal: M-14137-2017

IBIC: FA

Impresión de sobrecubierta: Frampa

Impresión: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100 % procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi mujer

*Un inmenso pájaro es el nombre de Dios
de mi pecho echó a volar hacia los cielos.
Delante todo está nublado
y a mis espaldas quedó la jaula vacía.*

ÓSIP MANDELSTAM¹

1. Traducción inédita al castellano de Jesús García Gabaldón. (*Todas las notas son de la traductora.*)

CAPÍTULO I

ENCUENTRO AL FINAL DE LA GUERRA

Kuba había madrugado para llegar de los primeros al vestíbulo de la estación, porque esa hora tan temprana, o sea, justo antes del alba, cuando aún no estaba amaneciendo, sino que, por decirlo de alguna manera, empezaba a querer amanecer, cuando el vestíbulo solo estaba iluminado por faroles titilantes, velas, lámparas de carburo y de alcohol, era la más oportuna para realizar los chanchullos más jugosos. Aunque era también el momento más peligroso del día.

Hay una casa de cambio en la estación. Uno de esos sitios en los que se intercambian unas cosas por otras. Lo más solicitado, ahora que la ciudad está sumida en la desesperación, en la desesperación y el hambre, son los alimentos. Aquí se puede cambiar una pulsera de plata modernista por un cazo repleto de manteca con torreznos. Y un cuello de zorro por un kilo de salchichón de caballo. Y una cámara Leica por un trozo, bueno de verdad, de embuchado. Y un cubierto de

plata por un tarro de miel pura de abeja. Y un jarrón chino por un kilo de embutido casero ahumado. Y una navaja seminueva por dos morcillas pequeñas. Y una figurita antigua por un poco de cocido con rábano y una botellita de licor de ciruelas. Y un collar de perlas auténticas por un pato asado y cinco botellas del mejor vino. Y, ¡vaya, qué hay aquí...! Un diente de oro que alguien se ha arrancado de sus propias encías para intercambiarlo por una hogaza enterita de pan recién hecho. Pero el cambio fluctúa, cada día es diferente, y si ayer por una piel de oveja se conseguían dos botes de carne de cerdo, hoy hay que añadir algo a dicha piel para obtener lo mismo. A este establecimiento acuden, por un lado, los que van vendiendo poco a poco la plata de la familia para conseguir algo que llevarse a la boca. Y, por otro, los que —ahora que los ocupantes se han largado y no vigilan el mercado negro— surten a la casa de cambio de viandas procedentes de las matanzas ilegales, así como de distintos manjares de sus despensas secretas para con ellos conseguir otros artículos, cuyos precios se dispararán en un par de meses, elevando a sus propietarios a unas alturas adonde no podrían haber llegado nunca con la venta de sus morcillas y sus salchichones.

Kuba se deslizó entonces hacia el vestíbulo, abriéndose paso entre todo tipo de figuras indecisas, pero, antes de ir a la caza de los artículos que había ido a buscar, echó un cuidadoso vistazo a su alrededor. No quería ir a ciegas. Tenía que encontrar a la persona con la que se había citado allí el día anterior. De entre todos los trapicheadores que conocía, había elegido a uno en concreto que, según intuía, no trataría de timarle. Ciertamente que en esa época no se podía confiar en nada ni en nadie, pero Kuba poseía un talento indiscutible para saber de quién fiarse si se trataba de negocios.

Cuando aún trabajaba en la fábrica de textiles de su padre, hubo un tiempo en el que se dedicaba precisamente a eso. No exagero un ápice si afirmo ahora que, solo por la forma de andar de sus socios comerciales, y ya desde lejos, podía adivinar si la posible transacción resultaría exitosa o si, por el contrario, se convertiría en una fuente de problemas. Y es que sus cinco sentidos eran unos detectores absolutamente fiables para toda clase de timos. Kuba reconocía el género de calidad con solo echar un vistazo, y siempre conseguía obtener el máximo beneficio de cualquier negociación en la que se embarcase. Y, a pesar de que en el vestíbulo de la estación era todo muy distinto a cuando trabajaba como representante de la fábrica de su padre, en este nuevo escenario tampoco encontraba problemas para orientarse y saber al instante con quién debería negociar y a quién dar la espalda. Aunque, sobre todo, sabía a quién no había que darle jamás la espalda.

El vestíbulo está repleto de grupos en constante movimiento que se crean en un abrir y cerrar de ojos para después disgregarse con la misma facilidad. Sin embargo, algunos se cierran herméticamente para que nadie más pueda ver sobre qué se inclinan sus cabezas. Y, mientras la hora del crepúsculo va dando paso con suma lentitud a la mañana, desde arriba y a través de las ventanas sucias y parcialmente rotas, un amanecer débil y esmirriado intenta alumbrar el vestíbulo. Los de abajo no tienen más remedio que seguir echando mano de sus linternas, cuyos haces de luz se pasean de vez en cuando por el alto techo. El vestíbulo de la estación (a pesar de haber sido alcanzado por un bombardeo) es, en estas primeras horas de la posguerra, el mercado más fantasmagórico que uno pudiera imaginarse.

Kuba ya ha visto a su socio comercial, y ha sacado del bolsillo interior de su abrigo un estuche de oro de tres capas en el que se esconde un cronómetro suizo. De momento, lo cubre con ambas manos para que los reflejos dorados que provocan las linternas al dejar caer su luz sobre el oro no se conviertan en una provocación inútil. Pero después ocurre algo del todo inesperado: alguien levanta de repente un mástil entre Kuba y su socio comercial. En realidad, se trata de un palo largo alrededor del cual hay un lienzo enrollado, y su portador trata de hacer sitio para poder extender dicho lienzo. Al principio con desgana, pero después con curiosidad, los grupos que le rodean se separan para ir creando, con lentitud, un semicírculo. Las cabezas de la gente se vuelven en dirección al mástil, pues, aunque en este lugar se trapichea con todo tipo de objetos, resulta raro ver aparecer por allí grandes lienzos. Pero, en fin, el cuadro ya está extendido en toda su amplitud y los amantes del arte —todos aquí, sin discusión, lo son, ya que bajo la costra de sus almas trapicheantes esconden una famélica ternura— no solo se retiran, sino que hasta unen sus manos y, ¡venga!, cierran un círculo a su alrededor para evitar que, con el barullo del improvisado mercadillo, alguien tropiece y se caiga encima. El dueño del cuadro sostiene el enorme lienzo con ayuda del futuro comprador, ambos profundamente conmovidos por el inesperado interés que han despertado. Cada uno lo agarra desde un extremo y dan vueltas con él sobre su eje, para que todos los que forman el corro puedan recrearse en su contemplación. Casi al instante se encienden unas cuantas linternas y las luces deambulan sobre los rostros de ese retrato de grupo que pintó en el enorme lienzo un artista desconocido para ellos. Pero, para ser sinceros, los allí congregados esperaban encontrar en el lienzo una escena paradisíaca

con una pradera florida ligeramente sombreada por un bosque esmeralda al fondo o, al menos, la imagen de un enorme salón en plena temporada de baile contemplada a través de unas puertas abiertas... Vamos, algo que elevara el corazón humano a unas alturas inalcanzables, algo que lograra que todos los presentes en el vestíbulo de la estación suspiraran al unísono: ¡aaaaayyyyyy! Así que ¿podemos enfadarnos porque —a pesar de que no dejaran ver su decepción, porque para eso son unos estraperlistas y marchantes educados— al darse cuenta de que se encontraban ante un simple retrato de grupo de unos hombres barbudos, y no demasiado atractivos, fueran abandonando uno a uno el círculo sin pronunciar palabra?

Miro con curiosidad no solo el cuadro, sino también a esos dos que aún lo sostienen extendido ante ellos. Y me veo obligado a reconocer que hay algo en esa escena que me atrae. Tanto es así que no puedo evitar acercarme a uno de ellos, hacia ese que, con acierto, adivino que es el comprador, y le indico que puede retirarse, que yo sostendré el lienzo en su lugar. El hombre asiente y da unos pasos hacia atrás para poder observarlo también él con todo detalle.

Cuando se coloca a la distancia adecuada, se queda de pie mirando el cuadro, y entonces me doy cuenta de que está literalmente hechizado y extasiado por la pintura. Sus labios se mueven en silencio y se echa más hacia atrás, aunque después se acerca todo lo que puede, y me percató de que está tentado de tocar un punto de la tela con el dedo, pero al final se lo piensa dos veces, retira la mano y se aleja. En fin, que sigue ahí de pie, examinando su posible compra, pero en ese mismo instante alguien diferente se coloca junto a él. Este último

individuo no mira el cuadro, sino a mí, mientras agita una bolsa llena de provisiones. Sí, se trata de mi socio comercial, del que el lienzo me había separado por un momento.

Echo un vistazo a la bolsa, mientras Kostá, con ese nombre se ha presentado el posible comprador del cuadro, enrolla el lienzo y se pone de acuerdo con el vendedor. No tengo ni idea de con qué le habrá pagado, porque justo en el momento en que se realizaba la transacción yo estaba hurgando en la bolsa, en la que encontré una mezcla disparatada de los más diversos alimentos, desde una hogaza de pan a unas manzanas, además de patatas, cebollas y zanahorias, pero también unos pedazos de manteca y de carne, cuidadosamente envueltos en unos periódicos con unos edictos escritos en alemán.

No sé, no sé..., le digo a mi chanchullero, y alejo el cronómetro suizo de su mano ávida. Sin embargo, sé muy bien que no tengo otra opción: tengo que dar y tengo que tomar. Así que, sin muchas ganas, finalmente le entrego el reloj de oro familiar. Unos dedos rapaces rematados en unas uñas llenas de mugre se abalanzan casi de inmediato sobre el estuche de oro y toquetean la esfera bajo la que se distinguen unos números romanos. Yo, para apartar de mi vista cuanto antes esa desagradable imagen, me vuelvo y me echo el saco al hombro, casi al mismo tiempo que Kostá, mi nuevo amigo, se echa también al hombro ese palo largo alrededor del cual está enrollado el cuadro que acaba de adquirir.

Juntos salimos a la lúgubre mañana que se despliega ante el vestíbulo de la estación, y Kostá bromea: ¿Qué, cogemos un taxi?

Amigo mío, ¿qué va a hacer usted con ese cuadro?, pregunto sin poder disimular mi interés. ¿Es que está organizando la inauguración de una exposición?

Y ¿qué otra cosa podría ser? ¿Con caviar y champán, además! Y habrá hermosas damas, tantas como pulgas, y en la entrada se repartirán auténticos puros cubanos. ¿Sabe qué?, me sugirió él expresando un deseo recíproco, me gustaría verle de nuevo. ¿Puedo invitarle a un té? Pero mejor a última hora de la tarde, que antes tengo que resolver unos asuntos de negocios en varios puntos de la ciudad. ¿Conoce el barrio de Židenice?

Nací en Brno.

Pues entonces veámonos en Karasekplatz, Karáskovo náměstí. Allí, justo detrás de la iglesia, hay una casa grande con una verja de metal azul. No pasa desapercibida. La calle se llama In den Zwickeln, aún tiene el cartel con su nombre en alemán. Le esperaré encantado.

Yo suelto entonces el saco y le doy la mano: Mi nombre es Jakub Pikula.

Él sonríe: Esto sí que es una coincidencia. Konstantin Maximovich Pakkala es el mío.

¿Ruso?

No del todo. Mi madre era finlandesa y también yo nací en Finlandia. Yo llevo su apellido finlandés en honor a su luminosa memoria. Aunque tengo que reconocer que no sé ni una palabra de finlandés. Mi madre murió al darme a luz, y el hombre que quedó a cargo de mi tutela me llevó entonces a Trieste en un barco italiano llamado *Miramare*, y de allí a Checoslovaquia. Mi tutor, o sea mi padrastro, Boris Nikolaievich Laguzhin, sí es ruso, y se casó aquí con una checa. Pero creo que me estoy extendiendo demasiado, ¿verdad? Venga a visitarme y charlaremos un rato. El mundo es extremadamente complicado, señor Pikula, y la vida aún más si cabe.

Eso ya lo sé, señor Pokala.

Pakkala, me corrige.

Claro, Pakkala. Iré a verle, no lo dude.

Asiente. Y después nos alejamos uno del otro caminando por unas vías de tranvía desiertas.

Se alejan, caminan por las vías cada uno hacia un lado. Los tranvías llevan sin funcionar un par de días. Una bomba había recortado una bonita pirámide, formada por una ancha base y los cuatro vértices de cuatro triángulos enfrentados, de una de las casas que se encontraba justo frente a la estación. Recuerda un poco a cuando uno, con destreza y usando la correspondiente paleta de servir, corta de un enorme pastel una porción diminuta para su vecinita Martička. Los raíles no están completamente vacíos. Sobre las vías públicas aún descansan cascotes sin recoger, cristales, ladrillos, una puerta quemada y también un travesaño hecho añicos dentro de una especie de mandíbula de acero. Aunque al menos parece que los bombardeos han terminado de una vez por todas. Cuando uno levanta la cabeza, ya no se encuentra el cielo de Brno sembrado de bombas como un campo de margaritas.

Les ruego ahora, por favor, que no se enfaden si hago un breve inciso en este momento, antes de que la historia eche a rodar de verdad, para presentarles a Jakub Pikula. El tal Pikula proviene de una antigua familia de fabricantes de telas. Sin embargo, no es de origen judío, y por tanto sus parientes no se vieron obligados a ir a los transportes, sino que simplemente perdieron su fábrica de Zábřovice, cuyas dependencias parecían estar hechas ex profeso para albergar una sucursal de la fábrica de armas Zbrojovka de Brno.